

tras muy notables del arte árabe en diferentes períodos (1).

La forma de la mezquita de Omar es octogonal, entrándose por cuatro puertas, cada una de las cuales mira á uno de los puntos cardinales.

Sus paredes están revestidas de mármol en la parte inferior; y de azulejos esmaltados, desde cierta altura hasta arriba: estos azulejos forman dibujos admirables; son de origen persa, y datan de una época muy posterior á la construcción de la mezquita, puesto que pertenecen al tiempo de Solimán el Magnífico (1561 de J.-C.).

Cuando el sol vibra sus rayos sobre este monumento, los azulejos esmaltados de que está cubierto, brillan como piedras preciosas, dándole un aspecto verdaderamente mágico. Nada en las sombrías paredes de nuestros edificios europeos puede compararse con los deslumbradores y tornasolados reflejos de las paredes de esa mezquita. El efecto es tan fantástico, que no se puede menos de pensar en esos palacios encantados que á veces se vislumbra en sueños; pero al considerar la mezquita de Omar, lo real es muy superior á lo soñado.

La planta interior es muy sencilla: dos recintos octógonos, concéntricos, rodean una especie de balaustrada circular, que corre en torno de la roca sagrada, colocada también en medio del edificio.

La ornamentación interior del monumento es riquísima: los fustes de las columnas del primer recinto son monolitos de mármol de diferentes formas y alturas, que proceden de edificios más antiguos; los capiteles tienen también formas

(1) En nuestra descripción de la mezquita de Omar, lo mismo que en la de otros monumentos árabes, nos vemos obligados á reducirnos á indicaciones muy sucintas, aunque suficientes para completar nuestros dibujos, que son muy exactos. La mayor parte de los monumentos árabes que mencionaremos en esta obra exigirían, cada uno, un tomo al menos para describirlo completamente. Mr. Vogué ha dedicado todo un libro á la descripción de la mezquita de Omar; Owen Jones ha necesitado dos grandes tomos en folio de láminas y texto, para describir tan sólo la Alhambra, y Prisse d'Avesne tres tomos para tratar de los monumentos del Cairo. Gran número de monumentos árabes no han sido aún objeto de una descripción detallada, y los autores los mencionan á la ligera, sin apoyarse muchas veces en dibujos. De nada puede decirse como de estas obras que un buen dibujo vale bien por cien páginas de texto. Podemos, pues, esperar que á favor de nuestros grabados, el lector tendrá de los monumentos árabes una idea general bastante exacta. Respecto á lo que particularmente concierne á la mezquita de Omar, las vistas de su interior que nosotros damos son mucho más fieles que los diferentes croquis publicados hasta hoy, pues, según creemos, son las primeras que están tomadas de fotografías. En efecto, sólo la fotografía podría reproducir los mil detalles del interior de la mezquita; bien que la ejecución era muy difícil, á causa de la excesiva desigualdad de luz del interior del monumento, y de la imposibilidad de tener perspectiva suficiente para el aparato. Así es que no sin dificultad hemos llegado á obtener aquellas cuya reproducción se halla en esta obra.

diferentes, y en su mayor parte remontan á principios de la época bizantina; lo más alto de las paredes se halla adornado de espléndidos mosaicos, que se supone del siglo x; la base de la cúpula está rodeada de una ancha faja que tiene en letras de oro unas inscripciones árabes, en caracteres cúficos, cuyas inscripciones se componen de versículos del Corán, referentes á Jesucristo.

La cúpula del monumento fué rehecha en 1022, y por consiguiente en pleno florecimiento del arte árabe: su ornamentación interior es esplendente, pues está cubierta de pinturas y mosaicos, donde los complicados dibujos de los artistas árabes se enlazan hasta lo infinito.

Todo el interior de la mezquita es de un lujo deslumbrador; vense las paredes cubiertas de esmaltes, de mosaicos, de dorados, y de placas de bronce trabajado; las ventanas se hallan adornadas de vidrieras del siglo xvi, compuestas de pedazos de vidrio de colores, unidos con yeso, en vez de los plomos que usaba Europa; de cuyo conjunto resulta una serie de efectos de luz y sombra, bien superiores á los que producen las vidrieras de nuestras catedrales.

En el centro de la mezquita de Omar se levanta la famosa roca sagrada, *el Sakhra*, como dicen los Arabes, en la cual se supone que Melquisedec, Abraham, David y Salomón habían hecho sacrificios religiosos.

Parece hoy en día averiguado que esta roca no es otra cosa, según hemos dicho más arriba, que la cúspide del monte Moriah, respetado por Salomón al nivelar la montaña; y como ya en tiempo de éste era célebre, sirvió probablemente de altar para el templo.

Mide la roca sagrada 17 metros en su mayor longitud; se levanta dos metros sobre el nivel del suelo, y está rodeada de una verja de hierro, del tiempo de las Cruzadas. En una gruta que se abre bajo la peña se enseña unos sitios donde dicen que David y Salomón oraban.

Siguiendo la tradición árabe, desde la misma punta de esta peña sagrada partió Mahoma, caballero en el fantástico corcel de que ya hemos hablado, con objeto de conversar con Dios; la realidad de la tradición pruébase claramente con la presencia de la silla de mármol del animal, que todavía está incrustada en la bóveda; y si la roca ha permanecido allí, ha sido casualmente, pues se había empeñado en seguir á Mahoma en el viaje, y sin la intervención del arcángel Gabriel, no hubiera habido me-

dio de contenerla. Por desgracia el arcángel no llegó hasta un momento después de empezar el monolito su vuelo, cuando ya había subido algunos metros; y como por una parte el monolito vió que no podía ir al cielo, y por otra no quería volver de nuevo á su primera situación, se quedó en el aire, donde desde aquella época continúa, sin descansar sobre nada. Así se cuenta, invariablemente, á los visitantes; pero el jeque de la mezquita con quien tuve ocasión de hablar muchas veces durante las largas horas que dediqué al estudio del monumento, y á quien consulté acerca de si la peña sagrada estaba verdaderamente suspendida en el aire sin puntos de apoyo, me pareció muy poco convencido de la exactitud de la tradición. Hasta se dice que el bajá actual de Jerusalén ha prohibido que se contase delante de los cristianos nada de semejantes leyendas.

Encima de la cúpula de la mezquita de Omar descuellan una media luna gigantesca.

En la misma cerca de Harám, delante de la mezquita de Omar, hay un hermoso púlpito árabe, de mármol blanco, cobijado por una cupulita que está sostenida por unos arcos de herradura, y á la cual se da el nombre de púlpito de Omar, aunque su solo aspecto indica que es muy posterior á este califa. En efecto, su construcción data del siglo xv.

Entre los edificios notables que contiene la cerca del Harám debo también citar la pequeña construcción llamada Kubbet es Silseleh (la cúpula de la cadena), ó tribunal de David: kiosco gracioso de piedra, de estilo bizantino, cubierto de azulejos persas. Cuenta la leyenda que David tenía su tribunal en este sitio.

*Mezquita de Aksa.*—En la misma cerca de Harám se halla la mezquita de Aksa, que también es muy antigua. Es una basílica cristiana, construída por el emperador Justiniano en honor de la Santísima Virgen, y de la que los Arabes, siguiendo las órdenes de Omar, hicieron una mezquita: destruída por un temblor de tierra, fué reconstruída en 785, completándose en diversas épocas con modificaciones que cada vez le han dado más carácter árabe, siquiera por los detalles. Saladino la restauró en el año 583 de la hégira (1187 de J. C.); habiéndose después rehecho otras partes de ella, como por ejemplo el pórtico, en el siglo xv.

El interior de esta mezquita contiene columnas tomadas de diversos monumentos; las naves centrales son bizantinas, y probablemente del siglo vii; las arcadas tienen casi siempre forma ojival. El-Aska fué habitada por los cruzados,

y contiene una galería, que sirvió de sala de armas á los templarios.

La mezquita de Aska contiene también un mihrab lindísimo, tapizado de mosaicos, que fué construído, como dice la inscripción que arriba tiene, bajo el reinado de Saladino, en 583 de la hégira (1187), y un púlpito maravilloso de madera esculpida, incrustado de marfil y nácar, ejecutado en 564 de la hégira (1168), según la inscripción de que está adornado. Las vidrieras de las ventanas, que hay sobre el mihrab, son del siglo xvi. En las partes laterales de la mezquita vense dos nichos para la oración, bastante curiosos: uno, de columnas retorcidas y arcos ojivales, lleva el nombre de oratorio de Omar, asegurándose que sirvió á este califa para hacer oración; y al otro se le designa comunmente con el nombre de oratorio de Zacarías.

*Otros monumentos árabes de Jerusalén.*—Como estos son mucho menos importantes, no mencionaremos entre ellos más que la hermosa puerta de Damasco, construída, ó mejor restaurada por Solimán en 944 de la hégira (1537 de J. C.).

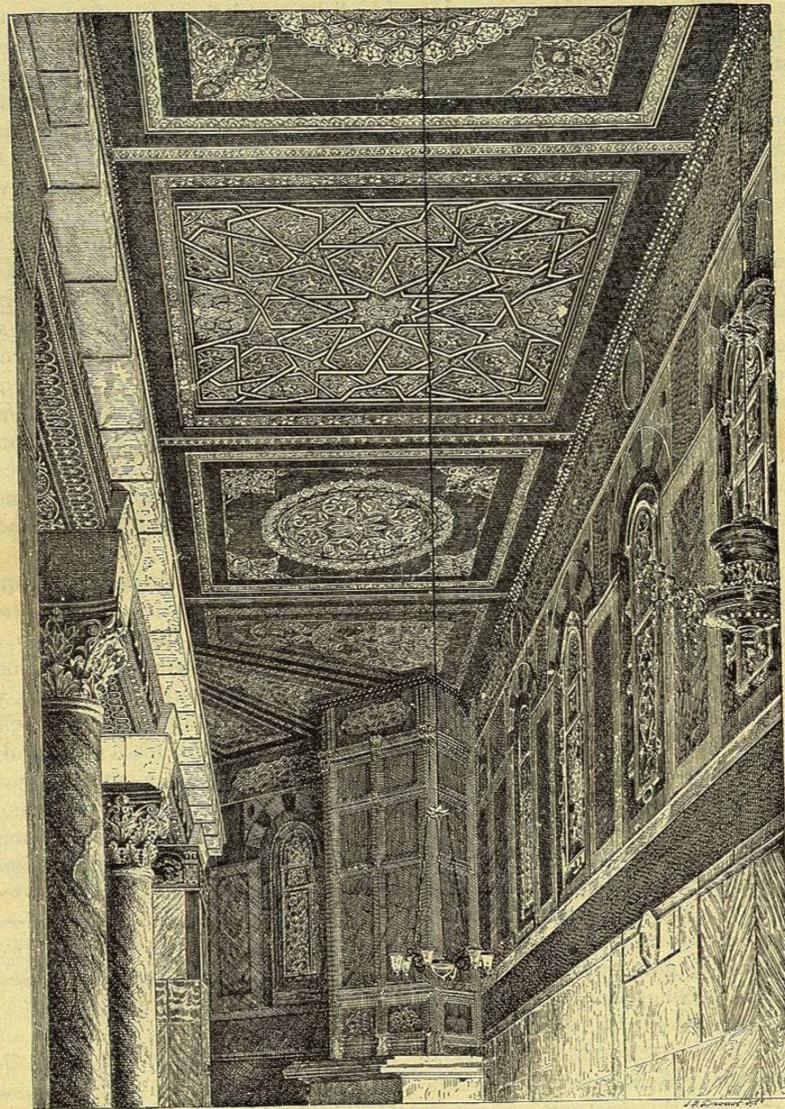
Además de los monumentos de que acabo de hablar, y de un corto número de otros, como el Santo Sepulcro (1), Jerusalén no posee más que edificios modernos, pues la influencia de los europeos es muy grande allí, y cada día tiende más á quitarle su antiguo sello oriental.

Cuando uno se acerca á la ciudad santa por el camino de Jafa, se siente una vivísima desilusión. Las construcciones europeas, como conventos, hospitales y consulados, son tan numerosas, que uno se creería en las afueras de una gran ciudad. Sólo contemplándola desde ciertos puntos, y particularmente desde lo alto de la montaña de los Olivos, Jerusalén presenta con sus cúpulas, sus minaretes, sus casas con azoteas, sus murallas y torres almenadas, un aspecto imponente.

Pero los recuerdos de que está llena la antigua ciudad bastarían por sí solos á hacer de ella un objeto de veneración para los peregrinos de todas las comarcas del globo que allí llegan. ¡Qué magia en estos recuerdos, y qué emoción profunda deben de tener las almas que están impregnadas de las antiguas creencias, al visitar lugares como el Santo Sepulcro, el

(1) La notable portada del sud del Santo Sepulcro nos ofrece unas ojivas que por parecerse al arco de herradura y á los dibujos geométricos me obligan á colocarla entre los monumentos inspirados por el estilo árabe.

monte de los Olivos, el torrente de Cedrón, el valle de Josafat, la tumba de la Virgen, la sepultura de los reyes de Judá, la vía sagrada, el monte Sión, y muchos otros de que están llenos aquellos contornos! Ya sea escéptico, ya creyente, el visitador no puede contemplar con indiferencia esta antigua cuna de una de las más poderosas religiones que ha visto el mundo;



Techos de la primera galería interior de la mezquita de Omar. — De fotografía sacada por el autor

pues la sombra de Jesucristo parece cernerse aún sobre la ciudad que le vió morir, y todo está lleno de su nombre.

Sin duda no conviene proceder á un análisis muy detenido acerca de la autenticidad de estos lugares; porque su prestigio no tardaría en disminuir. Los que la tradición ha designado no

han sido consagrados por ella sino en una época en que la imaginación sola, guiada por una fe ardiente, podía hallar las huellas, cuyo recuerdo se había perdido mucho tiempo antes.

La arqueología moderna es severa en sus apreciaciones, demostrando que la Jerusalén actual se halla á muchos metros de altura

sobre la antigua ciudad; que se la construyó sobre los montones de ruinas de la primera, destruída completamente por Tito, y que no existe ningún medio positivo de reconstruir con exactitud su antigua topografía.

*Torre árabe de Ramleh.*—Entre el pequeño número de antiguos monumentos árabes que Siria posee, mencionaré también la torre situada cerca de la villa de Ramleh, entre Jafa y Jerusalén.

Los Arabes la designan con el nombre de Torre de los cuarenta mártires, asegurando que en ella fueron sepultados cuarenta mahometanos, víctimas de su fe.

Este edificio es una bella muestra de arquitectura sarracena: es de forma cuadrada; recibe la luz por unas ventanas ojivales, y se sube á la cúspide por una escalera de ciento veinte peldaños, que, excepto los últimos, se conservan en muy buen estado.

Se ha considerado á la torre de Ramleh como obra de los cruzados, y en efecto recuerda mucho el estilo que estos importaron en Europa; pero no sólo no es dudoso su origen árabe, sino que está probado, tanto por ciertos detalles de arquitectura, como por una inscripción, perfectamente conservada, que indica haber sido construída el año 700 de la hégira (1310 de J. C.). Esta inscripción concuerda con las indicaciones de un historiador árabe, quien nos dice que la hizo un hijo del sultán Kalaum, y además la piedra de la leyenda está colocada de tal modo, que me parece imposible que lo haya sido después de construído el edificio.

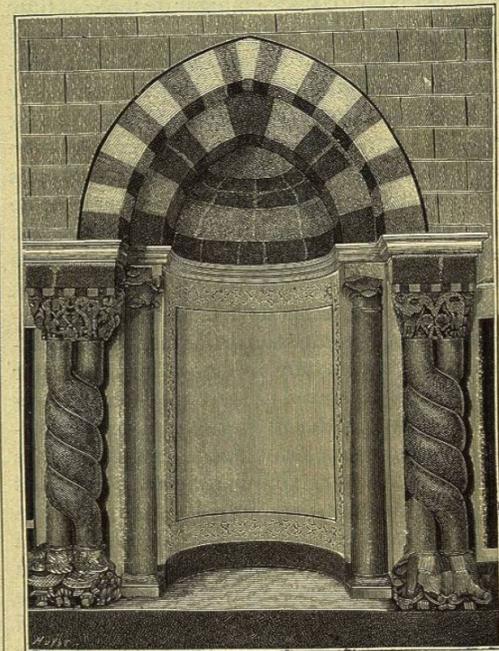
*Monumentos árabes de Damasco.*— Hemos visto, al hablar de los Arabes anteriores á Mahoma, que en aquellos lejanos tiempos en que blanqueaba el alba de la historia, Damasco ya era el centro del comercio de Oriente. Los Arabes la conocían muchos siglos antes de Mahoma, por ser una de las ciudades á donde llevaban los productos de su país. Considerábanla como el paraíso del mundo; y era entonces, como lo es hoy, una de las ciudades más imponentes del globo, la luz de Oriente, según decía el emperador Justiniano.

Tanta importancia tenía Damasco que los Arabes la hicieron capital de su imperio: título que primero adquirió Medina, y que hasta mucho tiempo después no se dió á Bagdad.

Mientras fué capital del imperio árabe, y hasta mucho tiempo después, Damasco fué también el gran centro comercial, científico é industrial de Oriente; y su escuela de medicina,

su observatorio astronómico, y sus palacios y mezquitas eran célebres en todo el mundo.

Esta vieja ciudad, contemporánea de las Pirámides, en la cual han reinado los Asirios, Medos, Egipcios, Persas, Griegos, Romanos, Arabes y Turcos, está todavía en pié; aunque los saqueos é incendios han destruído casi todos sus monumentos.



Oratorio de Omar en la mezquita El-Aksa. — De fotografía

Por mucho que los Arabes no sean ya dueños de ella, su religión, costumbres y lengua predominan todavía; siendo quizá una de las ciudades del mundo que posee el carácter más árabe. A pesar de que el resto de Siria ha recibido la influencia de los europeos, Damasco, donde el europeo penetra raras veces, está enteramente libre de ella; de modo que por más que el Cairo sea fundado por los Arabes; por más que estos reinaran en él largos siglos, y le dejaran monumentos, de seguro más importantes; es necesario ir á Damasco para comprender bien las costumbres de Oriente, remontar hasta los orígenes de la historia, y vivir en el pasado.

Vista de lejos, descollando, con sus minaretes, sobre un oasis de verdura, Damasco tiene un aspecto hechicero, que con justicia alaban todos los viajeros; aunque á mí me parece que no vale tanto como el aspecto mágico del Cairo, contemplado desde las alturas de la ciudadela.

«Damasco presenta á los viajeros que se aproximan á ella, dice Mr. David, el espectáculo más grandioso, más original y hechicero á la vez. A vuestros pies, aparecen unos arrabales esmaltados por la verdura de los jardines; estos arrabales se dilatan en grupos de árboles y casas, á través de una anchurosa llanura, dando la vuelta á un cinturón de murallas, de lo más singular del mundo; pues en lugar de tener el tinte terroso, sucio y triste de las fortificaciones occidentales, brillan al contrario del modo más maravilloso: compuestos de piedras amarillas y negras, alternadas de mil modos, unas redondas, otras cuadradas y otras triangulares, bien que todas artísticamente dispuestas, esos baluartes almenados tienen verdaderamente el aspecto de un cinturón de terciopelo, salpicado de topacios, como dicen los poetas orientales. Además estas murallas no son las únicas que se descubren; viéndose en el interior de la ciudad otras que separan sus barrios, algunas de las cuales son notables por las torres que las flanquean, y otras por los adornos, en forma de turbantes, en que rematan. Pero esto no es más que el primer término del cuadro, pues el fondo es todavía más brillante y curioso. Compónese de casi tantos árboles como casas; aquí nos hallamos con una línea de cipreses, que es un paseo; allí con una serie prolongada de arcadas moriscas, que es un bazar; en seguida un grupo de palmeras que balancean sus graciosas cabezas por encima del pilón semicircular de una fuente monumental; luego unos cuadros de árboles frutales en el interior de un palacio musulmán; y finalmente más de mil cúpulas con sus medias lunas en la punta, y sus minaretes puntiagudos en los flancos. Ese laberinto de terraplenes floridos, de grandes árboles y hermosos jardines produce un efecto tanto más henchido de prestigio, cuanto que la luz de un sol ardiente y los argentados reflejos de siete ramales sinuosos del río Barradah le prestan además toda la magia de los colores. Tal es Damasco, Al-Cham, como la llaman los Arabes, dándole el mismo nombre de la Siria.»

Cuando se entra en la ciudad el panorama es al principio poco lisonjero, al menos para el europeo, pues Damasco ha sido siempre para los Arabes la perla de Oriente. Hállanse calles tortuosas y sucias, casas desvencijadas, con las paredes de barro y paja; y una polvareda irresistible, de que no puede formarse idea quien no la ha visto; todo lo cual produce los primeros días una mala impresión, que no se borra sino cuando uno empieza á aclimatarse.

El considerable comercio que hace Damasco con el resto de Oriente le da grandísima animación y un sello oriental muy característico. Damasco recibe por las caravanas llegadas de Bagdad los productos de Persia y de India, y les envía sus célebres sedas, tejidos, tafletes, y sus cobres incrustados de plata.

Repito que debe irse á Damasco para contemplar el verdadero Oriente con sus deslumbradores colores: las calles de la antigua ciudad y su curioso bazar ofrecen el espectáculo más interesante y variado. Allí se ve desfilar en algunas horas á todos los pueblos de Oriente: á los Persas con sus gorros de piel, y su puñal en la cintura; á los Sirios con sus capas rayadas, en forma de dalmática, la frente ceñida por un kufieh, sujeto con una cuerda de pelo de camello; mujeres árabes envueltas de pies á cabeza en velos blancos, bajo cuyos pliegues brillan unos ojos ardientes; damasquinos vestidos de un traje talar de seda negra y amarilla, ceñido á la cintura, y con el fez rojo ó el turbante blanco en la cabeza; soldados turcos, armados de cimitarra; peregrinos de la Meca, que ostentan con orgullo sus harapos; cawas consulares, cuyo uniforme azul desaparece entre bordados; funcionarios otomanos que llevan una ceñida levita de Nizam; guerreros drusos de altivo talante, con el cinturón erizado de armas, y cabalgando en magníficos caballos, cuyas sillas de purpúreo taflete, bordado de oro y plata, relampaguean á los rayos del sol; largas hileras de camellos pesadamente cargados, conducidos por mercaderes llegados de Caramania, de la Anatolia, ó de las orillas del Eufrates: Kurdos, Beduinos, Armenios, Maronitas, Judíos y hasta Griegos del Archipiélago. Toda esta multitud abigarrada forma una inextricable confusión de colores brillantes, donde se hallan todos los tonos del arco iris, mientras que los rostros nos ofrecen todos los matices comprendidos entre el blanco sonrosado más claro, y el negro de ébano más intenso.

Cuando desde el diván de un café árabe contemplaba yo, á través del humo del narghilé que estaba fumando, aquel kaleidoscopio extraño, parecíame á veces que un poder mágico había evocado un instante del reino de las sombras á todos los pueblos asiáticos de los tiempos pasados; pues aunque en Constantinopla, en el puente que va de Galata á la orilla opuesta del Cuerno de Oro, he visto un espectáculo quizá tan variado, el elemento europeo predominaba demasiado; y si bien uno ve una mezcla de

todos los pueblos del mundo, no ve ya el verdadero Oriente.

El aficionado á lo pintoresco, el artista y el arqueólogo pasarán deliciosos días y meses en Damasco. Sería fácil escribir un volumen, tratando de los restos de arquitectura que allí se pueden estudiar; pero cada día van desmoronándose más, y pronto desaparecerán. En el arrabal de Meidan, á la entrada del camino que va á la Meca, se halla á cada paso ruinas de mezquitas, de fuentes y otros monumentos, que aunque no cuentan más que dos ó tres siglos de existencia, ofrecen, á causa del respeto de los Arabes por las tradiciones, temas ornamentales muy antiguos, y donde aparece frecuentemente la influencia persa.

Tampoco puede verse hoy día en otra parte sino en Damasco, palacios construídos según los antiguos modelos árabes; cuyos edificios por su gusto y comodidades, son muy superiores á nuestras viviendas europeas más lujosas. Por desgracia siguen también la ley común de las cosas, y van desapareciendo.

Tendré ocasión de estudiar en otro capítulo uno de los palacios de que acabo de hablar, y por ahora no mencionaré entre los monumentos de Damasco más que el único edificio verdaderamente antiguo que contiene: á saber, su gran mezquita.

Levantada sobre el área de un templo pagano, y convertida después en iglesia cristiana, remonta, al menos en parte, á los primeros tiempos de la hégira. Reconstruyéronla después de un incendio que la destruyó en 1069 de nuestra era (161 de la hégira), y hoy en día es muy inferior á lo que fué antiguamente, y muy inferior en particular á todas las mezquitas del Cairo.

La gran mezquita de Damasco está construída por los mismos planos que los primeros edificios análogos del islamismo, y cual ellos, se compone de un gran patio rectangular aporricado, uno de cuyos ángulos ocupa el santuario, y en los demás se levantan los minaretes. En el capítulo dedicado á los Arabes en Egipto tendremos lugar de describir muchos monumentos de este mismo tipo.

Según los historiadores árabes, la parte baja de las paredes de la primitiva mezquita estaba

cubierta de los más raros mármoles; y la parte alta, como también la cúpula, de mosaicos; la techumbre era de madera dorada, y sostenía 600 lámparas de oro; finalmente los nichos para la oración estaban revestidos de piedras finas.

La mayor parte de esta ornamentación ha desaparecido, y ahora las paredes están cubiertas de bellas inscripciones, y las ventanas guardadas de vidrieras coloradas. Sin embargo, se descubre en algunos puntos las huellas de los antiguos mosaicos.

La mezquita tiene tres minaretes; dos de ellos cuadrados, y el tercero, que es graciosísimo, octógono, con galerías sobrepuestas, y en el remate una bola sobre la cual se levanta una media luna. Uno de estos minaretes, el que llaman de la Desposada, es tenido por uno de los más antiguos que existen, haciéndose remontar su construcción al primer siglo de la hégira. El otro, cuya forma es cuadrada, lleva el nombre de minarete de Jesús, porque éste, según la tradición árabe, bajará sobre su cúspide el día del juicio final.

El bosquejo precedente nos demuestra que desde el principio de sus conquistas los Arabes, diferenciándose mucho de los pueblos conquistadores que debían sucederles, respetaron todas las obras creadas antes de ellos, y no pensaron más que en servirse de la civilización ya existente, haciéndola progresar; y que aunque entonces fuesen muy ignorantes, luego sobrepusieron á sus mismos maestros. Si la táctica militar y el empleo de las máquinas bélicas de los Griegos les son desconocidos, aprenden rápidamente lo que no saben, y se muestran en breve más entendidos que sus adversarios. Las artes y las ciencias estaban entre ellos en la infancia; pero los Arabes fundan numerosas escuelas, que les permiten igualar y luego superar á los pueblos que les precedieron. Nulos eran sus conocimientos en arquitectura. Pero emplean á los Bizantinos y á los Persas, en clase de arquitectos; y como modifican gradualmente sus monumentos, poniéndolos en consonancia con sus propios sentimientos, llegan á librarse más y más de toda influencia extranjera, y á sustraerse completamente á ella, según veremos dentro de poco.